

231

PREMIO ARJONA DE RELATO BREVE 2024

Las niñas

LAS NIÑAS

(Lema: El sol tras la baranda)

Aquel día había sido distinto a los otros. Se había levantado temprano, tan animosa, que hasta la cama había hecho, estirando las sábanas con esmero. Aquel día había almorzado una tortilla de dos huevos con un poco de pavo. Aquel día se había maquillado, poniendo especial cuidado en disimular unas ojeras negruzcas, pequeñas y ovaladas como crías de cucaracha. Cualquier otro día —de los que el calendario le había ido ofreciendo, a su pesar, los últimos meses— se hubiera levantado tarde o no se hubiese levantado. La higiene y el alimento hubiesen sido engorrosos trámites felizmente aplazados. Y confundiendo la jornada con su vecina de almanaque, se hubiera apagado un poco más, como esos fuegos de chimenea que sus dueños no avivan, y acaban muriendo de madrugada cuando ellos duermen.

Pero había renacido.

Aquel día retornaba a los quehaceres ordinarios de la vida, y lo hacía gracias al resultado de una obcecada reflexión (*rumiación de pensamientos negativos*, según el psicólogo que la trataba). Acusada introspección, sin embargo, que había sido positiva: ya no se culpaba por la muerte de su hija. Durante mucho tiempo la conciencia la había señalado a ella en exclusiva. Con su dedo acusador, la había tachado de madre indolente, al no advertir lo suficiente el desánimo de la niña. Y si bien esto era cierto —había vivido ensimismada en su divorcio— ahora sabía que existía otra persona infinitamente más culpable. Se llamaba Nora, y había sido la mejor amiga de su hija en el pasado. Nora debía conocer a la perfección —ella sí— el alcance del dolor de Maribel. Porque era Nora, y nadie más, quién se *lo había causado*.

PREMIO ARJONA DE RELATO BREVE 2024

Las niñas

Lo que procedía, por tanto, era hacérselo pagar. Ese propósito que ahora estrenaba, ese anhelo desgarrador, se había transformado en el motor de su existencia. Como estimulante natural, el talante vengativo resultaba más poderoso que cualquier droga de laboratorio, y por muy visceral que le pareciera su proyecto, lejos de incomodarla, lo agradecía: volvía a encontrarle algún sentido al hecho tozudo de respirar.

Con tal misión por bandera existencial, había falseado recientemente su *curriculum vitae*; había cogido el autobús aquel día, justo después del almuerzo, en dirección a su nuevo puesto de trabajo; se había apeado en la parada más cercana al antiguo instituto de su hija; se había presentado ante sus compañeras como “la madre de la niña que se suicidó el curso pasado”; y finalmente, colocándose el uniforme reglamentario de mujer de la limpieza, había cruzado el umbral de una clase vacía reprimiendo las lágrimas. El aula donde, de seguir viva, estudiaría Maribel.

Logrado todo esto —cuando semanas atrás ni siquiera era capaz de lavarse los dientes—, sosteniendo con evidente torpeza una escoba en la mano izquierda, había ido abriendo, con la derecha, los libros de todos los pupitres, sin más propósito que el de encontrar escrito, en cualquiera de ellos, la palabra “Nora”.

Al hallarla por fin— cuatro letras diminutas, casi ilegibles—había soltando la escoba con brusquedad, como si le diera calambres, pero en ese instante una voz melodiosa, en el pasillo, le anunció que llegaba para hacerle compañía, “al menos los primeros días”. Y ella, con pesar, había devuelto el libro al pupitre para continuar barriendo.

Aquel día, distinto a todos, no averiguó nada más.

PREMIO ARJONA DE RELATO BREVE 2024

Las niñas

Dos horas más tarde, en casa, todo seguía como siempre. El fantasma de Maribel se había preparado la merienda en la cocina, de espaldas a la puerta. La madre, sin llegar a tocarle el hombro, había dejado sus dedos aleteando en el aire, con miedo a que se volviese y no tuviese rostro, de que en el reverso de su trenza no quedase nada. Por eso, como siempre, había terminado por replegar el brazo. Abandonado su ensoñación recurrente, había atravesado un estrecho pasillo y llegado al salón. Se había sentado en el sofá frente a la televisión apagada. Y sin más, se había dejado sorprender por el llanto.

“¡Pero si tengo a Nora!”, se había repetido luego, buscando consuelo en su valeroso hallazgo. Ya estaba cerca, se dijo, de encontrar pruebas de su envidia emponzoñada, señales de su querencia malsana por intoxicar a la clase, por corromper los afectos ajenos, por contaminarlos a todos de odio. Pruebas de su *bullying*. Sorbiéndose los mocos, secándose las lágrimas con la manga de la blusa, la madre se había repetido, como un mantra, que algo iba a encontrar. Pensaba, sobre todo, en las clásicas notas manuscritas que se intercambiaban los alumnos de forma clandestina, de pupitre en pupitre y para soportar el tedio en las clases.

Nora, maestra indiscutible en el innoble arte de desunir y dividir, de malmeter y enemistar, quedaría finalmente en evidencia. Esa era *su condición*, pronto existiría una nueva víctima y ella la encontraría. Y con ella caería la clase entera, ese patético grupo de siervos subyugados, los obedientes esclavos de la líder, el miserable rebaño deslumbrado por el carisma de su despótica gobernanta. Porque todos se habían sumado al escarnio para no perder sus privilegios. O al menos, para no seguir el triste destino de la pobre Maribel.

Rumiando y rumiando pensamientos, había abandonado el sofá para darse un baño relajante. Sin embargo, por los agujeros del grifo de la ducha, se colaron otra vez

los días que siguieron al entierro, la pared junto a su cama, ese limbo liso y blanco sin principio ni fin. Su casa sin suelo ni techo. La existencia sin horizonte, la eternidad de un no-color y reinando sobre todo ello un dolor envolvente que la asfixiaba, como si estuviera sepultada de forma permanente bajo una tonelada de escombros.

Finalmente, envuelta en su albornoz, había vuelto al sofá para observar cómo se ocultaba el sol tras la baranda de la terraza, y así, anestesiada por su propio agotamiento mental, se había dormido dulcemente, arropada por el suave murmullo de sus rencores.

Los días siguientes se había vuelto levantar a una hora razonable. Se había aseado a conciencia. Había cocinado y almorzado. Y se había peinado y maquillado. Todo lo había hecho como si fuera una persona cuerda, en lugar de alguien que ya se adentra, sigilosamente, en el terreno intransitable de la locura. Aquel comportamiento metódico obedecía a una sola razón: las rutinas eran imprescindibles para conservar su trabajo. Porque limpiar la clase de Nora en busca de pruebas la sostenía con vida.

Sin embargo, diez semanas después, aún no había encontrado nada.

Absolutamente nada.

La criatura desalmada y sin escrúpulos que un buen día y sin razón aparente, se había cansado de su hija, y no contenta con *hacerle el vacío*, se había propuesto aislarla del grupo, se había revelado como una perfecta hipócrita. Según sus pesquisas, Nora era vaga, desordenada y rebelde, fumaba marihuana y hasta pegaba chicles debajo su mesa, pero había querido a Maribel “como una hermana” y no se cansaba de repetirlo cuando la ocasión lo precisaba. Para colmo, aquel catálogo de pequeñas miserias, público y notorio, obedecía a una sola causa según la propia Nora: el dolor por la muerte reciente de su amiga.

Las niñas

Pero la madre no se dejaba engañar. Ella lo había visto *todo* con sus propios ojos: las niñas en el parque, los viernes; las niñas junto al río, los sábados. Las niñas en la plaza, los domingos por la tarde. Todas... excepto Maribel. Esta, que se había criado en casa de Nora —maldita niña rica, con sus caballos, su piscina y sus diez dormitorios— se había pasado semanas enteras encerrada en su habitación, rehén de un silencio hermético y desesperante. “¿No te invita Nora a su casa? ¿Ya no estudiáis juntas? ¿Y esas fiestas de pijama legendarias?”, había preguntado ella, incrédula. Pero su hija le había quitado importancia a la distancia amistosa. “Tengo que estudiar y Nora ya no estudia”. Maribel se había refugiado en la sempiterna excusa de los exámenes para no dar explicaciones. Y ella, ensimismada en su divorcio, había dado por bueno el repentino ostracismo de su hija.

Su contrato de trabajo expiró a los tres meses. Dada su evidente falta de pericia y rendimiento, la compasión inicial de sus empleadores no fue suficiente para que fuera renovado. Espoleada (una vez más) por la testarudez de los hechos, se habría rendido a la evidencia de no haber descubierto secreto alguno con cuya divulgación chantajear a la niña, falla o miseria que revelar al mundo, delito, aun leve, del que poder acusarla. El calendario, por tanto, volvería a detenerse. Lo absurdo de la existencia se le revelaría nuevamente. Pero mientras miraba por la ventana, en el autobús de vuelta a casa, concluyó que no le importaba. De hecho, estaba ansiosa de que así fuera. Huérfana de deseos (salvo el de tumbarse en la cama y atiborrarse de benzocaínas —aún le quedaban varias cajas—) cerraría los ojos a la par que las persianas y se dejaría morir, igual que los fuegos en las chimeneas por la noche.

Sin embargo, no se acostó en su cama.

Porque al dejar su abrigo y el bolso en el perchero del vestíbulo, un impulso irrefrenable de abrir el dormitorio de Maribel la sorprendió de repente. La puerta de aquel, blanca en mitad del blanco pasillo, llevaba cerrada desde el día de su muerte y al no encontrar el valor necesario para abrirla, había llegado a mimetizarse con la pared. Si ahora deseaba afrontar esa proeza anímica, se dijo, quizás es que empezaba a curarse.

O no.

Tal vez no era entereza, sino angustia, lo que guiaba sus pasos. Una angustia desesperada por saber la verdad. La había buscado en todas partes menos donde se hallaba de veras. Y es que el peaje por conocerla —abrir la puerta, con lo que ello implicaba— era demasiado gravoso.

Pero ya no quedaba otra opción

De modo que, sin permitirse un instante de duda, accionó el picaporte con energía, como si ya no temiera molestar al espíritu que habitaba —allí sí, no en la cocina— entre las sombras. La penumbra era intensa, de modo que avanzó hacia la ventana y subió un poco la persiana cerrada. La luz, atravesando los cristales, iluminó la estancia, y el castillo de naipes de su engañosa determinación se derrumbó con estrépito. Temblaba con tal virulencia, que al sentarse en la cama deshecha— sobre la sudadera favorita de Maribel, vuelta del revés— se mordió la lengua. Con el sabor de su sangre en la boca y las manos crispadas se llevó la prenda de ropa a la cara, para aspirar así los escuálidos restos de un perfume que sólo imaginó. Sus ojos, abiertos de par en par, se pasearon entonces, despacio, por toda la estancia. Acarició con la mirada el empapelado de pequeñas florecillas; las cortinas blancas, un regalo de la abuela; las decenas de fotos de la pared, casi todas con Nora y en casa de Nora; los libros del colegio, entre cuyas páginas se arrugaban folios con esquemas y resúmenes, los collares de colores que le dio por fabricar y vender hacía demasiado tiempo; las horquillas

PREMIO ARJONA DE RELATO BREVE 2024

Las niñas

Porque cada agresión que sufrió Maribel, cada punzada de miedo, y la omnipresente vergüenza habían resultado mucho peores de lo que había imaginado.

“Ya es suficiente”, se dijo de repente, cerrando el cuaderno, encendida de rabia y corriendo al salón para marcar un número de teléfono con sus dedos temblorosos.

Un día, mientras el sol se ponía tras la baranda de la terraza, Maribel saltó al vacío.

Pero hubo otra niña que no lo hizo, una niña llamada Nora.

Y para ella todavía quedaba esperanza.

—¿Diga? —la exhortó el policía al otro lado de la línea.

—Quisiera denunciar abusos sexuales reiterados a dos niñas...

Y sin que nadie le preguntara, vomitó el nombre del padrastro de Nora.